¿TODO A LA VEZ EN TODAS PARTES?

DEL PASEO AL *SCROLL*:

“NO PRESENCIAS” EN LA CIUDAD DIGITAL

Nunca hemos tenido tantas posibilidades de estar mental y virtualmente en otros lugares mientras caminamos por la calle: consultar un mensaje mientras esperamos un semáforo o escuchar un pódcast durante un paseo son acciones que modifican nuestra idea de lo que significa “estar” en un lugar. ¿Estamos renunciando a la ciudad?

TEXTO:
ISABEL ARGÜELLES ROZADA
ILUSTRACIÓN:
MIRIAM PERSAND



Panóptico digital

telos 130 | 11_2026



alimos a dar un paseo por nuestra ciudad. El semáforo se pone en rojo. A los pocos segundos, el móvil vibra en nuestro bolsillo. Es un mensaje de una vieja amiga. Quizá la conocimos de Erasmus en alguna capital europea. Alzamos la vista y vemos que la luz del semáforo ha cambiado a verde. Pasamos delante de un bar y un olor a patatas fritas nos recuerda, a lo Marcel Proust, al pueblo de nuestros abuelos —siempre las cocinábamos los viernes—. Cuando llegamos a una plaza, nos sentamos para contestar el *email* de un compañero que está de viaje de negocios. Nos da algo de envidia que no nos pidieran ir a nosotros. En menos de diez minutos hemos pasado por muchos lugares —del día a día, del recuerdo, de la imaginación, del deseo—. ¿Hemos dejado de experimentar la ciudad?

EL ESPACIO Y EL TIEMPO CONTEMPORÁNEO

Parece tentador contestar que sí. Filósofos como Byung-Chul Han no paran de recordarnos el atomismo social en el que parecemos habernos instalado debido a las nuevas tecnologías y el imperativo productivista del capitalismo. Pero quizá las cosas sean más complicadas.

Para Walter Benjamin (1974), la atención distraída —*Rezeption in der Zerstreuung*— es una forma de recepción estética característica de la modernidad que se contrapone a la contemplación tradicional —por ejemplo, la actitud que tomamos ante un paisaje o una obra de arte—. La percepción, afirmaba, se educa cotidianamente mediante la exposición repetida a estímulos, incluso cuando no nos concentramos deliberadamente en ellos. Hoy vamos ensimismados mirando el móvil en el metro, ¿no iban también absorbidos por el periódico los ciudadanos decimonónicos en el tranvía tirado por caballos? Nuestra relación con el entorno, mediatizada por las pantallas, pero también por los recuerdos, conversaciones, escaparates, carteles, tráfico, es una forma de aprendizaje propia de las condiciones socioeconómicas nacidas con el desarrollo urbano del siglo XIX.

Siguiendo a Immanuel Kant, toda experiencia debe estar situada en el espacio y el tiempo, a los que entendía como dos *a prioris* —filtros previos a la experiencia— necesarios para la sensibilidad. Pero la vivencia de ambas coordenadas no es tampoco *a priori*. No podemos entender el espacio sin los cuerpos que lo atraviesan, ni la posición relativa que establecemos en él. Tampoco vivimos el tiempo de manera abstracta, sino siempre de acuerdo al movimiento de otros cuerpos. Por eso mismo, en la era globalizada, nuestra experiencia del espacio y el tiempo está cambiando radicalmente. Como ya reflexionaba el antropólogo Marc Augé (1992), con la llegada de las sociedades postindustriales capitalistas surgen por doquier los "no lugares": esos espacios uniformizados que, como los supermercados, los aeropuertos o las áreas de servicio, no se definen por la construcción de una identidad colectiva, sino por su utilización funcional —el transporte, el consumo—.

LAS NO-PRESENCIAS

La cuestión es que también nuestra percepción del tiempo ha cambiado. Las tecnologías digitales han posibilitado que hoy podamos estar en un sitio mientras nuestra atención permanece conectada con acontecimientos que se desarrollan en muchos lugares muy alejados. El sociólogo Manuel Castells (2010) conceptualiza esta transformación bajo la expresión de "tiempo atemporal". Parece que ir por la calle no basta: "aprovechamos" para felicitar a un familiar por su cumpleaños, cumplimentar un formulario para un puesto de trabajo, quitar de en medio ese audio de tres minutos. Hartmut Rosa (2013) emplea la noción de *shrinking of the present* —algo así como "encogimiento del presente"— para describir este fenómeno. Como vuelta de tuerca a aquella atención distraída de la que hablaba Benjamin, podríamos decir que no solo se mediatiza nuestra relación con el "objeto" —etimológicamente, lo que se nos opone, lo que no es yo—, sino que hasta se modifica qué percibimos como tal —puede que lo sea algo que esté a miles de kilómetros y no lo que tenemos delante—.

"Con la llegada de las sociedades postindustriales capitalistas surgen los 'no lugares'"

La expresión "no llegar a tiempo" encapsula tanto un verbo espacial como una referencia temporal: no hacemos pie en el espacio y el tiempo presentes. Quizá, entonces, podamos hablar de no-presencias, y no solo de no-lugares. En la modernidad "líquida", como veía Zygmunt Bauman (2000), nuestros vínculos se vuelven precarios —del "amor" al *ghosting* hay un paso tan ligero como un desbloqueo de pantalla—. Pero también se vuelve líquida nuestra presencia misma. El tiempo pierde su horizonte definido y se vuelve una malla nebulosa de posibilidades y "des-posibilidades" que no podemos abarcar. Posibilidades, porque siempre podemos conseguir otro *match*, hallar otro vídeo divertido en TikTok. Des-posibilidades, porque al plantearnos esas alternativas descuidamos —dejamos de regar— las semillas de esas potenciales flores de experiencia que enriquecerían el aquí y el ahora. Y es que el *scroll* está fuera del espacio y el tiempo, al establecer un *continuum* sin fronteras —siempre se puede seguir desplazando el pulgar otro minuto más, y otro…—. Irónicamente, ceñirse al límite físico y temporal que constituyen nuestras aldeas y ciudades permite el advenimiento del encuentro y, así, de la creación de mundos nuevos —de amistad, de disensiones, de decisiones, de proyectos—.

PARA QUE EL PRESENTE ESTÉ PRESENTE

Pero no debemos exagerar los efectos de este espacio virtual en nuestras vidas. El *smartphone* es una parte más —aunque muy importante, debido a su condición ubicua— de las estructuras mediante las que conocemos, recorremos e interpretamos nuestros espacios tanto privados como compartidos. No se trata de romantizar el pasado, sino de ser conscientes de qué estrategias de socialización debemos construir hoy. Al igual que para Augé un espacio moderno no era siempre un no lugar, pues ello dependía, en última instancia, de los lazos sociales que en él germinasen, la pregunta ahora es quién y qué organiza las mediaciones —digitales o no— con nuestro entorno y nuestro tiempo y, respecto a dichas mediaciones, qué experiencias hacen posibles y cuáles vuelven invisibles.



El urbanismo social (y, particularmente, el feminista) lleva décadas planteándose esta cuestión. La ciudad moderna, que privilegia el desarrollo comercial y turístico frente a otras necesidades sociales, envía a las masas trabajadoras a la periferia y, así, dificulta la conciliación del trabajo con los cuidados domésticos. Tampoco el "espacio virtual" se basa en un sujeto universal. Pensemos en dos personas que caminan mirando sus móviles. Una busca una canción para acompañar su paseo sin rumbo, al modo de un neo-*flâneur* baudelairiano; otra coordina el cuidado de una persona dependiente mientras revisa si le da tiempo a tomar el siguiente metro y llegar a tiempo al trabajo. No sería adecuado interpretar automáticamente ninguna de estas conductas como una renuncia a la ciudad.

"Para Walter Benjamin, la atención distraída es una forma de recepción estética característica de la modernidad"

De hecho, las tecnologías digitales pueden ayudarnos a participar en nuestras ciudades: una *app* puede optimizar un desplazamiento, hacer accesible la información sobre un barrio o hasta coordinar una iniciativa vecinal. No obstante, estas posibilidades no eliminan las desigualdades en su acceso o en el control de los datos, ni tampoco, en fin, la capacidad de decidir democráticamente cómo se habitan nuestros espacios. Puede que, en realidad, no nos perdamos la ciudad por estar mirando el móvil o no, sino porque la ciudad no siempre nos hace sitio. Sin negar los problemas de la mediación digital ni nuestra responsabilidad en su uso, conviene atender, en primer lugar, a las condiciones materiales y sociales que perfilan la experiencia del espacio público.

Las plataformas digitales, en definitiva, no son por sí mismas agujeros negros que devoren a sus hijos y los regurgiten en forma de alienación. Tampoco son, necesariamente, herramientas que permitan intervenir creativamente en nuestro día a día. Lo relevante, entonces, es analizar qué relaciones sociales permiten o interrumpen, y cuáles son sus efectos concretos en la vida de cada uno de nosotros.